

DOS PASEOS AL SALTO

AL SEÑOR DON EUGENIO DÍAZ

Puedo asegurar a usted que me he solazado mucho leyendo su artículo enteramente nacional, titulado *La ruana*, como también me he solazado muchas veces con ésta, sobándome las manos debajo de mi gran bayetón, riéndome de la intemperie y compadeciendo a los que andan *de militares* en una de esas mañanas destempladas con que suele obsequiarnos el páramo de Cruzverde. Sé por experiencia, como todo granadino, diré más, como todo americano, lo que vale una ruana; y si el bayetón y el encauchado valen lo que pesan, puede decirse que son las ruanas que valen más. Este compañero generoso y *confortable*, que abriga, que protege, que consuela; este emblema de la vida dulce y tranquila, de la paz y quietud del cuerpo y del espíritu, merecería ser conocido, no sólo de los napolitanos, inventores del *dolce far niente*, sino de todos los pueblos donde se estimen en algo la comodidad, el abrigo, la pereza, y todo lo que hay de sabroso y deleitable.

¿Habría mayor dicha en la tierra que ponerse la ruana sobre los hábitos, o sobre una buena bata de lana forrada en lo mismo? Y si a todo esto se agrega un par de medias de idem, y los pies envueltos en una frazada tunjana, ¿no estará uno en el cogollito de lo delicioso, y en el *non plus ultra* de lo exquisito? ¿Qué más estufas, ni chimeneas, ni caloríferos necesitamos nosotros en nuestros inviernos y épocas lloviznosas?

Sólo siento que usted no hubiese hecho en su artículo, como era de esperarse, una clasificación curiosa de esta prenda indígena de nuestro vestido popular, ya por las primeras materias de que está hecha, ya por los lugares donde se fabrica, ya por su tamaño y forma, o ya por los diferentes usos que de ella se hacen.

Habría usted hablado del insigne y monumental bayetón bicolor, con cuello o sin él; de la gran ruana pastusa de alegres colores y anchas listas, con flecos o sin ellos, especies ambas ya casi extinguidas; de la ruana corta de paño, prenda elegante de nuestros artesanos de segunda clase —que los de primera visten como los caballeros—; de todas las variedades de la larga familia llamada *ruanas de Guasca*, desde la que llevan los indios que vienen a nuestros mercados hasta las que usan los hacendados y otras personas que andan habitualmente a caballo—; de la ruana de hilo blanco con listas rojas que, por más liviana y fresca, se usa en nuestras tierras calientes; de la camiseta neivana, compañera del calzón corto de lienzo del Socorro y dé las *quimbas* de cuero, último eslabón del reino ruanístico; y, en fin, de toda la larga tarifa de ruanas, o ponchos, como los llaman en algunas repúblicas del Sur.

Y siento también que no haya usted lamentado, como lamento yo, que nuestras amazonas, tanto urbanas como rurales, hayan abandonado ¡ingratas! a su antigua y fiel compañera, la ruana de seda o hilo, de bellos colores, para reemplazarla por la capa de merino o paño, y después por el traje masculino de amazona, sólo por el vano prurito de seguir una moda. Así se sacrifican muchas veces las conveniencias positivas al capricho y al espíritu de novelería o veleidad, que no quiero llamar de otro modo por no ser descortés.

Usted ha tenido la bondad de hacer en su hermosa *ruana* mención honorable de mis pobres escritos, por lo cual debo dar a usted las gracias, aunque me diga que no hay de qué. Y añada usted que la ruana pudiera darme materia para *Apuntes de Ranchería* muy amenos.

Ahl, señor don Eugenio!, créame usted que la ruana me ha dado mucho en qué pensar más de una vez, y materia abundante para notas y apuntes muy curiosos; pero usted sabrá mejor que yo que la ruana suele tener tanto de ancho como de largo: quiero decir que, así como tiene sus ventajas indisputables, tiene también sus notorios inconvenientes, y por eso no todas mis aventuras con esta señora han sido tan amenas como usted quisiera; y en prueba de ello verá usted lo que me sucedió, precisamente en uno de esos paseos al Salto de que usted habla —el 15.º de mi segunda serie.

Eramos trece los de la comitiva, entre hombres y mujeres, contándome yo entre estas últimas. Si yo fuera inglés, o lo hubiera sido en aquella ocasión, de seguro no me habría contado en el número de los salteadores, porque el 13 es cifra fatal para los hijos de Albión. Por gran fortuna, iba en la partida un francés, de que hablaré adelante, como la figura más exótica de este cuadro, y nos propusimos deshacernos de él.

Sábado era, me acuerdo muy bien, y como las cuatro de la tarde, cuando salió de esta ciudad la caravana, escoltada y convoyada por la reserva de pajes y mozos que llevaban los víveres y comestibles necesarios para una travesía de tres días; aunque, a decir verdad, con excepción de algunas cosas que no se hallan en las posadas, lo más que conducían eran botellas de todos tamaños y formas, que contenían variedad de vinos, licores y licorcitos, que, tanto el sexo bello como el sexo buen mozo, debíamos consumir, si ellos no nos consumían a nosotros.

Antes de llegar al paso del río de Fucha —que por fortuna no estaba muy crecido— se nos reunió el señor cura de un pueblo de aquellos contornos. Este excelente sujeto, alegre y sociable, no hacía, sin embargo muy buena figura sobre su silla *orejona*, pues desde la cabeza hasta la punta del estribo de *baúl* formaba una *z* perfecta, o, como ahora se dice, *zig-zag*. Esto le valió para no mojarse los pies al pasar el río. Y se deja comprender que no llevaría espuelas, porque no se pica al caballo por el pecho sino por las ijadas.

Dos de las señoras se habían dado un baño en el río....

— «Hombre de Dios!!! me dirá usted —bañarse las señoras en tal ocasión, y a tales horas!... No es posible!»

Sí, señor, se bañaron, pero fue un baño involuntario, y no previsto en el programa de la fiesta. Fue el caso que una de las señoritas iba distraída, y su corcel, que debía de tener mucha sed, bajó bruscamente la cabeza para beber, y al esfuerzo que hizo le zafó las riendas de la mano, y tras de las riendas se vino ella también abajo, en medio de una explosión de exclamaciones. Por fortuna no había el agua suficiente para ahogarse ni para nadar. Media docena de jinetes echaron instantáneamente pie a tierra, y sin riesgo de su vida, volaron a salvar a la víctima, metiéndose en

el agua hasta la rodilla; pero vanos fueron todos sus esfuerzos.... El caballo había dado un paso y pisado con el casco la larga falda de paño de la niña, y, empeñado en beber, no había forma de que quisiese soltar la presa, ni la soltó sino después de mucho batallar.

El otro baño fue el de una tía, a quien, por una ilusión muy frecuente, con que suele explicarse a los estudiantes de cosmografía el movimiento aparente de los astros, se le figuró que el río se quedaba quieto y que su caballo subía precipitadamente de costado en dirección opuesta a la que llevaba la corriente. El desvanecimiento que esto le produjo fue tal, que se dejó caer cuan larga era —que no lo era mucho. Una y otra fueron conducidas a una casita que hay cerca del camino, y allí avergonzadas y temblorosas y rodeadas de las demás señoras, aguardaron, mientras que uno de los mozos volaba a la ciudad y traía ropa para que se mudasen.

El señor cura se me acercó y me dijo:

—¡Qué le parece! Si no ha sido por el *adjutorium nostrum*.

—¡Y qué! le dije, ¿usted fue también a ayudar?....

—No, pero les eché la bendición desde lejos, por sí o por no, que esto nunca está por demás.

Y a pasito picado siguió su camino sin despedirse.

II

Después de este primer acto, para unos cómico y para otros trágico, todo se dio al olvido, y seguimos en alegre algazara, apurando los caballos para no llegar tarde a Soacha. Yo dejé adelantar la comitiva y me detuve en la primera casa que encontré para encender un cigarro. La priesa que llevaba la cabalgata y lo mucho que se tardó la indiecita en traerme un tizón medio apagado, hicieron que me quedase muy atrás; y apenas había encendido mi ambalema, cuando comenzó a caer una llovizna tan fuerte que en un momento me vi empapado. Piqué mi caballo y me puse a desatar el encauchado que llevaba a las ancas: desdoblélo prontamente y, quitándome el sombrero, traté de meter la cabeza por la abertura. Pero aquí fue Troya, pues el caballo, que por lo visto no estaba acostumbrado a que los jinetes hiciesen esta operación encima de él, extra-

ñando aquel ruido, semejante al que hace un encerado que se desdobra con fuerza, hizo una evolución repentina, y salió a escape conmigo, sin darme tiempo si quiera para acabar de meter la cabeza por la estrecha abertura, la cual me quedó atorada en las orejas y en el caballete —o mejor diré, en la canal maestra— de la nariz, sin poder subir ni bajar, como le sucedió al poeta Quevedo. Corrimos así buen trecho, luchando yo por un lado con la ruana que me sofocaba, y por otro con el cuidado de no perder el equilibrio y caer. El rucio hubiera detenido pronto su carrera, pues era manso, pero quiso nuestra mala suerte que encontrásemos en mitad del camino algunos muleros y potrancas, que al principio no hicieron sino alargar el cuello por curiosidad, pero viendo que el ruido y el fantasma se acercaban más y más, comenzaron a trotar delante de nosotros, y últimamente, creyéndose perseguidos, soltáronse a correr desbocados. Estimulóse con esto aquel

Hipogrifo violento

Que corría parejas con el viento,

y volando desalado por aquellos andurriales, no hubo ya rienda ni poder humano que lo contuviese. Llegué a creerme en las *siete cabrillas*, como si fuera en Clavileño, tal era la fuerza del viento que me combatía de frente.

Por fortuna venía una recua capitaneada por unos mesunos, y uno de ellos, conociendo el apuro en que me hallaba, me aguardó con la mayor sangre fría, y, al pasar por junto a él, cogió bonitamente una punta del encauchado y le dio tan fuerte tirón que me lo zafó de la cabeza, no sin hacerme perder un estribo y la mitad de otro, mientras sus compañeros detenían el caballo, entre risas y rechifla. Bendito tirón que me volvió a la luz del día y al uso completo de mis manos y de mis sentidos! Afortunadamente no me había mojado sino la coronilla, pues iba bien cubierto.

Cuando yo resollé, mi primer cuidado fue pasar revista a lo que sobre mí llevaba, y por ser muy curiosa, aquí tiene usted la lista de los objetos que había ido dejando por el camino:

El sombrero.

El cigarro encendido.

La funda del encauchado.
 La otra ruana que venía atada.
 Una muda de ropa envuelta en ella.
 Un paquete de cigarros.
 Unas chinelas.
 El pañuelo.

Los guantes de una de las señoritas.

Retrocedí con mucha calma en busca de todas estas prendas por mi mal perdidas, y gasté más de media hora en recogerlas, no faltando de todo ello sino el cigarro que llevaba encendido, y los otros, que se salieron de la gaceta en que iban envueltos.

Cuando regresaba yo en busca del botín que había dejado disperso, encontré la cabalgata, que salía de la venta del Aire, adonde se había refugiado a guarecerse del agua. Ellos me vieron pasar la primera vez, pero, no pudiendo reconocerme por llevar la cara cubierta, o, lo que es más cierto, no cayendo en la cuenta de que yo me había quedado atrás, me tuvieron por un extraño y se contentaron con gritarme: «¡adiós! ¡buen viaje! ¡muchas saludes por allá!»

Figúrese usted cuál sería la broma que me dieron mis compañeros al saber la aventura del encauchado, y que yo era el que había pasado como una exhalación por delante de ellos!

Una de las niñas —la de los guantes, por más señas— me dijo con tono desabrido:

—Pasó usted tan de largo, que ni el saludo le merecimos. ¿Y mis guantes?

—¿Sabe usted que se me perdieron en la refriega?

—¡No me lo diga usted! exclamó. ¡Ay! mi anillo de esmeraldas que había metido dentro de un dedo del guante! ¡Corran, corran a ver si lo encuentran! ¡Que se pierda el guante; pero el anillo!...

Esta noticia, inesperada para mí, me dio tal susto que, comenzando a buscar con afán, saqué los guantes, hallados en el bolsillo de los zamarros, y, examinando con ansia dedo por dedo, encontré el anillo dentro del pulgar de la mano izquierda.

—Aquí está! aquí está! no se afane usted, dije entregándole los guantes. De estas salchichas comiera yo muchas todos los días. Pero dígame usted: ¿a quién le ocurre guardar un anillo en el dedo de un guante, debiendo estar en el dedo de la mano?

—Es que me viene muy grande; y como fue por un momento, mientras me arreglaba la ropa y me ataba el sombrero....

—A lo menos, dijo otro de los que presenciaban el diálogo, la señorita ha tenido el buen gusto de poner el anillo debajo del guante, al contrario de lo que hacían en mi tiempo algunas charras, que, por lucir a todo trance sus sortijas, se las encajaban encima de los guantes.

Pedí en vano mis albricias, y seguimos nuestro camino.

III

Después de la aventura del encauchado que he referido, tuvimos los viajeros la satisfacción de ver el Salto, aunque ya lo sabíamos de memoria. Y si con esta obra maestra de la naturaleza sucede lo que con las obras maestras de los maestros compositores, que mientras más se oyen más gustan, debe creerse que el placer que sentimos en esta centésima visita fue cien veces más grande y más profundo que el que experimentamos en la primera.

Bajamos, pues, hasta la orilla del precipicio, engarzados de dos en dos como cartón de zarcillos. Lo vimos, en fin, lo oímos, lo palpamos, respiramos sus perfumes y sus nieblas, y.... ¡Pero qué diantre! ¿Me pondré yo a hacer ahora una descripción del Salto, cuando las hay por docenas, en prosa y en verso, más o menos dignas del asunto? A ellas me refiero para no hacerme vulgar, y sólo diré en doblones que lo que nosotros vimos, oímos, oímos, gustamos y palpamos en aquella ocasión, es lo mismo que han visto, oído y palpado todos los que han hecho esta peregrinación.

Pero lo que usted ignora, señor don Eugenio, es lo que voy a contar, como complemento de mis aventuras de ruana. Comoquiera que la vuelta al Almorzadero es pendiente y fragosa —ya usted se acordará muy bien—, iba yo, a fuer de galante y comedido, ayudando a mi pareja, que apenas podía ya con la figura, no obstante el largo bastón de que la había provisto para que le sirviese de apoyo. Llegamos a un paso algo más peliagudo que los otros, y subiendo yo sobre una barranca, alargué la mano a la parte contraria para sostenerla

en el escalamiento de aquel Malakoff. Abrí y afirmé bien los únicos dos pies de que podía disponer, y la dije: «¡Téngase usted bien y saltel!» Después de mil dengues, respingos y otros tantos «qué haré yo en este caso!», dio mi ninfa el brinco y salvó el peligro, con gran satisfacción suya y congoja mía, pues dar ella el salto, bien agarrada de mi mano, y sentir yo un estallido en la parte posterior de mi cuerpo, que bien claramente conocí lo que era, fue todo obra del momento.... Una cuchillada habría recibido con menos dolor que la que mi malhadada suerte me dio algo más arriba del muslo izquierdo, aunque muy superficial, pues sólo afectó la tela del pantalón.

Dicen que el mal nunca viene solo, y en aquella ocasión vino más acompañado de lo que era menester, pues yo llevaba solamente una ruana corta y ligera, proporcionada para la situación, puesta encima de una chupa más corta todavía, que tiraba a chaqueta. No hubo, pues, modo de disimular la catástrofe, de que ni *ella* ni yo nos dimos por notificados en aquel momento. El único expediente que me ocurrió (no hay cosa como los expedientes) fue no tomar de nuevo la vanguardia y dejar avanzar a mi compañera; y así como los dueñistas tienen cuidado de no presentar el cuerpo de frente a su contrario, yo trataba de ocultarle siempre la parte herida, y presentarle sólo el flanco o perfil derecho.

Un color se me iba y otro se me venía pensando en el papel que iba yo a hacer entre toda aquella gente; pero por fortuna era un paseo al Salto: estábamos en el campo, es decir, en confianza, en intimidad, sin cumplimientos ni etiquetas, y en estas circunstancias todo se perdona y todo sirve de diversión.

Pero de camino hacía yo estas reflexiones, sin atender a la conversación de mi amiga —y aquí entra la filosofía y la moral de mi cuento—: si yo hubiera traído mi bayetón, otro gallo me cantara, porque, bajando hasta los pies, cubriría mi herida. Cualquiera prenda del vestido masculino me redimiría ahora de la vergüenza que no puedo evitar: una capa, un capote, una levita, un frac, hasta una *picarona* de cazador.... Vamos! estaba reservado a esta menguada y mezquina ruana ponerme en tal compromiso, negándome su protección

cuando más la necesitaba. ¡Maldita sea la ruana! (iba a decir).

En fin, después de mil trasudores, y aun sudores enteros, tomamos la altura, y llegamos más muertos que vivos al dichoso Almorzadero. Un poco antes de llegar a la casa, mi compañera, rendida de fatiga, quiso descansar sobre la blanda grama, a la sombra de unos árboles; y yo, ¡pecador de mí! olvidando el estado en que me hallaba, y por un instinto de galantería, me quité apresuradamente la ruana, que llevaba atada a la cintura, a manera de *chircate*, y la tendí sobre la yerba para hacerla más blanda. Cuando caí en la cuenta de mi estupidez ya no había remedio.

—Siéntese usted, me dijo ella.

—No, señora.... muchas gracias....

—Siéntese, que vendrá cansado.

—Gracias.... estoy bien aquí.

—Entonces me levantaré yo.

—No, señora, ya me siento....

Lo hice con mucho tiento y cuidado, como quien padece de mal de gato; pero apenas había tocado a la tierra, cuando exacerbándose la herida con la fuerza del movimiento, siguió su comenzado camino hasta cerca de la corva. El cuchillo del matador que raja la res desde el cuello no habría hecho más destrozos en mi pobre pantalón. Ya no pude negar mi desventura, e hice partícipe de ella a mi amiga, burlándome yo mismo. Compadecióme con risa —que es la peor de las compasiones— y ofreciéndome su pañuelo, quiso que me atase con él la pierna enferma. No lo acepté por caer en la cuenta de que yo también llevaba el mío, y sacándolo del bolsillo, seguí su indicación. No hay duda que las mujeres tienen, si no siempre más talento, por lo menos más viveza y expediente (¿ya lo ve usted?) que los hombres, para los casos apurados.

Levantámonos a poco rato, y tomando yo mi ruana, quise ponérmela; pero, nuevo contratiempo!.... no podré decir el estado en que se hallaba: toda enlodada!.... ¡Infeliz de mí! ¡Qué elección de sitio la que había hecho aquella desgraciada niña para descansar! ¡Era una elección como muchas elecciones!

En fin, echemos un velo sobre todo esto, y encima echaré yo mi ruana, dejándola allí abandonada para siempre....

IV

El Salto ha sido de ordinario funesto para mí, como lo verá usted por otra aventura que voy a referirle, ya que hoy estamos de aventuras y anécdotas.

Teníamos una partida de campo con varias familias a la posesión de un amigo, distante dos leguas al norte de esta capital; y no me detendré a pintarle a usted esa encantadora campiña, con sus colinas, sus *chites*, salvios, arrayanes y hermosas vistas, porque no lo creo necesario para mi cuento.

Tres días estuvimos allí paseando, que a mí me parecieron tres felices minutos. ¡Qué baño! ¡qué césped tan verde y tan mullido! ¡qué matorrales tan llenos de aromáticas flores silvestres! En fin, délos usted por vistos y excúseme una repetición de todo lo que dicen los poetas y novelistas.

El último día, a puestas del sol, hablamos estado corriendo, saltando, bailando, y revolcándonos en el llano, al par de los niños, y de un hermoso perro que nos acompañaba. Al regresar para la casa, y a la luz del crepúsculo, vi colorear entre el césped una cosa que me pareció una culebra coral; pero acercándome vi que era... una cinta roja de grueso tejido de seda, con borlitas en los extremos. Si alguna de mis lectoras hace suposiciones, y echa a mala parte lo que no es sino una cosa muy inocente y muy natural, con su pan se lo coma. Yo en esta materia me lavo las manos, y sólo le suplicaría que no fuese tan escrupulosa como aquella Reina de Inglaterra que tanto se amostazó porque un fabricante de medias le envió de regalo unas riquísimas que había hecho para Su Graciosa Majestad. No hay nada en esto que no pueda leerse: *Honni soit qui mal y pense*, dijo otro Rey de Inglaterra con ocasión de otra cinta de éstas —de cuyo color no habla la historia— y estableció una Orden militar con el nombre de *la Jarretera*.

Recógila, e incorporándome entre las señoras, la levanté en alto por sí había quien la reclamase; pero en vano: *conticuere omnes....*

Silencio tan profundo,
Cual si no hubiese damas en el mundo,

Como era natural, ninguna se presentó a reclamar aquella prenda por su mal hallada. Después de tres pregones la declaré bienes mostrencos, y arrollándola con cuidado la metí en el bolsillo. Yo llevaba un saco corto, de paño de fantasía, con grandes faltriqueras cubiertas con carteras, y allí quedó depositada, como en el *coso*, hasta que hubiese algún denunció o reclamación.

Confieso mi pecado: fui tan poco advertido, que, en vez de llamar aparte con disimulo a alguna matrona y entregársela para que ella hiciese la averiguación del caso; o bien colgarla en la casa en algún lugar alto para que su dueño la tomase allí sin ser visto, la condené a reclusión indefinida, y ni yo ni nadie volvimos a acordarnos de tal cosa, excepto tal vez la parte interesada, que no querría ver archivado su expediente.

Esa noche, cansados de pasear y bailar todo el día, preferimos jugar. Los hombres tomaron el naípe del tresillo, y yo, que nunca he podido comprender el tal juego, me hice al bando de las señoras, que jugaban veintiuna y caída. No fue cosa de arruinarnos, y a las once dejamos las cartas y nos retiramos a descansar.

Al día siguiente muy temprano debíamos regresar, y a tiempo que entraba yo a la sala a sacar una silleta para que montasen las señoras, se me atravesó una de las mamás y me dijo: «Tome usted: guarde por ahí ese naípe, que se iba quedando olvidado». Metilo maquinalmente en el consabido bolsillo, casi sin reflexionar en lo que hacía, y fui a llenar mi comisión.

De vuelta a mi casa me despojé de mi traje de campo, y el saco quedó abandonado sobre un sofá. Dos días después recibí una esquela de un amigo en que me decía que él, con otras personas, tenían proyectado un paseo al Salto con el objeto de que lo conociese el señor Encargado de Negocios de..., el cual iría con su señora; y que si yo quería darles el placer de acompañarlos, estuviese listo para el día siguiente a las cuatro de la tarde.

No podía excusarme de tan galante invitación y contesté aceptando. Volví a tomar mi saco y después de darle algunas acepilladas, me lo puse; pero, además del *obligado* pañizuelo de holanda en el bolsillo del pecho, tomé por precaución otro y lo guardé en el bolsillo grande. Partimos, en efecto, unas diez personas y

pronto llegamos a Soacha. Suprimiré la relación de lo que pasó en el camino, porque no pasó nada. A las siete se sirvió la comida en la posada, y en la mesa reinaron tal cual confianza y buen humor. Además de la señora Encargada de Negocios había otras tres señoritas, que serían Adjuntas por lo menos, y ya se deja entender que al sentarnos nos entreveramos, es decir, que cada hombre estaba entre dos damas, o cada dama entre dos caballeros.

A la hora del champaña un criado se colocó entre mi pareja y yo para abrir una botella. El champaña, largo tiempo prisionero, deseaba naturalmente salir de su encierro, y botando lejos el corcho con una estruendosa detonación, como la piedra que arroja a lo alto un volcán, salió precipitadamente aquella espumosa lava, y nos lavó. No sólo cayó sobre mi saco y pantalón, sino, lo que fue peor, sobre el traje de mi bella alátere. Al grito que dimos a dúo, retiré mi silla y, poniéndome de pie, saqué con presteza el pañuelo que previsivamente había puesto en el bolsillo derecho.

Pero, ¡oh Dios!... con el pañuelo salieron volando todas las cartas de aquel malhadado naípe, y, enredada entre ellas la maldecida cinta colorada, que se habían quedado olvidadas en el mismo bolsillo!... Una explosión de gritos y de carcajadas, más ruidosa que la del champaña, me hizo zumbar los oídos.

¡Yo dejé de existir en aquel momento! La vista se me anubló, las piernas se me aflojaron, y me dejé escurrir bonitamente debajo de la mesa, adonde habían ocurrido los perros de la posada en busca de algo que pescar. Al verme allí se me subieron encima para disputarse el regalo que creyeron les llevaba; pero, desengañados tristemente, comenzaron a ladrar. La señora diplomática, que debía de ser muy nerviosa, pensó desmayarse con aquella trápala infernal, pero le pareció mejor levantarse y meterse en un rincón.

Al fin salí de allí sudando, y volví a mi puesto, donde impuse silencio con la mano extendida, y pedí la palabra como para brindar. Expliqué en breves pero ingenuas palabras el motivo inocente de aquella lluvia inesperada de cartas, y protesté que ninguna malicia, presente ni pasada, había en una aventura que tan mal parado me dejaba, y tan mal sentada mi reputación de hombre honorable y serio.

Restablecióse al fin la calma y volvió el buen humor, aunque hubo tela cortada toda la noche para la conversación. Este acto terminó felizmente.

Me preguntará usted si recogí las cartas: no hubiera podido hacerlo porque en cada plato había dos o tres, y estaban llenas de grasa.

En cuanto a la cinta.... había ido a enredarse en una bujía, a manera de gallardete, o más bien, como una parásita, y a poco rato comenzó a arder, de lo que me alegré mucho, como si fuese un justo castigo del Cielo.

Si la hermosa, o fea, dueña de la tal cinta, lee esta historia, no dejará de remorderle la conciencia por su silencio y por las desagradables consecuencias que él tuvo, y se reirá de mí a mansalva.

Continuamos nuestro paseo al otro día. Cuando estábamos al borde del abismo, viendo desplomarse a nuestros pies aquella masa enorme de agua, la señora a quien yo conducía me dijo, esforzando la voz cerca de mi oreja, para que pudiese oírla, pues el estruendo que hacía la catarata no lo permitía:

—¿Por qué no guardó usted las cartas para arrojarlas aquí? Mucho más bello espectáculo habría sido verlas flotando en el aire, descender todas hasta el fondo de este abismo.

Yo me hice el desentendido, como sino la oyese, y le contesté:

—Sí! es cosa estupenda! pero no creo eso que dicen de la yunta de bueyes que arrojaron por aquí en un tiempo.

—Le hablo a usted del naípe aquel....

—En efecto, si algún curioso llevase de estas flores silvestres para cultivarlas en Bogotá....

Cansada al fin de mi fingida sordera, dejó su tema, y se calló.

Desde entonces he tomado un odio implacable a los naipes y a las ligas coloradas, por las cuales tenía yo cuando niño tántas simpatías desde que leí en Iriarte la lista de las baratijas que iba guardando Doña Urraca.

V

Se nos ha quedado rezagada en esta relación otra cuasi-víctima —que si no lo fue por entero, estuvo en vilo de serlo—: el francés de que hablé al principio, el cual, al llegar nosotros a Soacha se nos reunió, y vino

a completar el malhadado número de 13, que tanto temíamos, sólo por seguir la moda de esta superstición extranjera, recientemente importada, superstición de los países civilizados, que antes no teníamos por acá.

Este hombre, ordinario y extravagante, estaba recién llegado a Bogotá, y deseaba conocer el Salto; pero no pudiendo o no queriendo hacer solo su excursión, aprovechó la oportunidad de haber llegado a sus oídos la noticia de nuestro proyectado paseo, y preparando su mal caballo, montó ese día, espía nuestra salida y nos siguió de lejos hasta incorporárenos al llegar a la posada.

Apenas chapurraba el castellano, y viendo las sandeces que hacía y los disparates que decía, y su intención de que lo lleváramos al Salto, resolvimos jugarle una mala pasada. Convinimos todos en que al llegar a la hacienda de *Canoas*, donde debíamos detenernos algunos momentos, se le dijese que el río que por allí pasa —que es el mismo Funza que va poco después a precipitarse por el abismo— y el puente por el cual se atraviesa, era lo que se llamaba el Salto. Tenía por objeto este engaño tanto el deshacernos de tan importuna compañía como el evitar el que este semoviente fuese a hacer alguna barrabasada en el Salto, o por un descuidouviésemos una desgracia, de que en parte seríamos responsables.

—Aquí tiene usted el Salto, le dijo uno en mal francés.

—Oh! señor, contestó: ¿esto es lo que llaman el Salto? No me habría tomado yo el trabajo de venir a ver esto. ¿Por qué mienten tanto hablando de una cosa que no merece verse?

—Pues no espere usted ver otra mejor.

—¿Y por qué lo llaman el Salto?

—En memoria del famoso *Salto de Léucades*, pues se puede uno tirar desde el puente al río, y ahogarse, si quiere; pero con la ventaja de no romperse ningún hueso.

—Sin embargo, no comprendo la fama que esto pueda dar al Tequendama. ¿Y este río se llama Tequendama?

—¡Sin duda!

—Oh! *quel fiasco!*

Mientras nos desmontamos para tomar sombra y algunos refrescos, él se retiró a la orilla del río, se descalzó y se puso a lavar las medias, que se le habían embarrado. Luégo notó que había atracadas algunas balsas de indios, en que éstos salen a pescar y coger patos, y, desatando una de ellas, se metió dentro y la dejó ir blandamente al suave impulso de la corriente, pero dirigiéndola con el canaleta o larga vara que encontró en ella. Cuando alguno vio al francés navegando río abajo, a más de tres cuadras de distancia, comenzó a dar voces y a hacerle señas de que atracase a la orilla, pero en vano, pues él no veía ni oía. Nuestra alarma fue grande. Aquel desgraciado estaba en inminente peligro: si la balsa, impulsada más abajo por la corriente, que ya se hace impetuosa, no se estrellaba contra las grandes piedras diseminadas en el río, en la proximidad del descenso, iría indudablemente a precipitarse en la catarata.

¿Qué hacer para evitar tan horrible desgracia? Por fortuna entre los criados que nos acompañaban iba un negro ágil, entendido y gran nadador, y que corría más que un gamo. Inmediatamente se le despachó para que fuese a todo correr por la margen del río, sin pérdida de tiempo, y desde el punto donde pudiera oírlo el francés, lo obligase con demostraciones a retroceder, o de lo contrario, se echase a nado, y abordando la balsa, lo forzase a venir a tierra. Así lo hizo el negro, y cumplió tan bien su comisión, que todos lo gratificamos por ella. Pero mientras nuestro huésped regresaba, nos pusimos en camino y proseguimos nuestro viaje, sin volver a saber de él, pues el negro lo obligó a montar y emprender la vuelta a Bogotá.

¿Qué dice usted, señor don Eugenio, de estos dos paseos al Salto?